

SIN PENSAR EN EL PASADO

- Dígame, ¿qué ve usted?
—Nada.
—¿No ve nada? Entonces, vaya arriba; quizá desde allí verá usted mejor que desde aquí lo que tiene que ver.
Subida.
—¿Qué ve ahora desde arriba?
—Veo lo de abajo cuando miro hacia abajo.
—Sí; pero ¿qué ve?
—Veo la nada vista desde arriba.
—Mire hacia arriba y dígame lo que ve.
—Veo una hermosa nube invisible.
—Yo creo que usted está verdaderamente ciego.
—No. Estoy tuerto de siete ojos; pero con los demás veo muy bien.
—Pero ¿cuántos ojos tiene usted?
—El doble de lo anormal.
—Veamos, enséñeme su certificado de tener mil años de edad.
—Tengo dos certificados iguales, cada uno de los cuales dice que tengo quinientos años. ¿Le vale así?
—No lo sé. Lo consultaré con el ministro.
—¿Cuándo tendré la respuesta?
—Calculo que al cabo de cinco ministros, incluido el actual.
—En tal caso, esperaré. Y mientras espero, aprovecho para solicitarle permiso para...
—Concedido.
—Gracias.
—Especifique.
—Gracias, gracias, gracias y gracias. ¿Vale?
—Faltan otras cuatro.
—Dos gracias elevado al cubo.

- ¿Me quiere volver loco?
 —Perdone. Ocho gracias.
 —Decirlo así es una falta de educación.
 —Perdone. Gracias, gracias, gracias, gracias, gracias, gracias y gracias.
 —¿Por qué me da las gracias?
 —No recuerdo haberle dado a usted últimamente las gracias.
 —Entonces, démelas.
 —¿Y por qué le tengo que dar las gracias?
 —Eso es precisamente lo que yo quisiera saber. ¿No sabe usted nada al respecto?
 —Yo sólo sé que.
 —Todo aclarado. Por lo tanto, pasemos a otro punto. Dígame, ¿ama usted la montaña?
 —Sí.
 —¿Y la montaña le ama a usted?
 —Pues...
 —¿Duda usted?
 —Pues...
 —La duda ofende. Por consiguiente, queda claro que usted me acaba de pegar una patada en los testículos. ¡Ay! ¡Cómo se ha atrevido usted...!
 —Le aseguro que la culpa no es mía, sino de las cosas que están sucediendo en estos tiempos.
 —¿Se puede saber qué está sucediendo?
 —Nada: el presente sólo es un viejo pasado pintado de futuro.
 —Pero ¿es buena la pintura?
 —El cuadro es bueno; pero lo ha pintado tomando como lienzo al aire.
 —Buenas tardes.
 —Eso mismo me dijo usted ayer por la tarde.
 —¿Y qué quiere que le diga? No se me ocurre nada. ¿Acaso se le ocurre a usted algo?
 —Sí.
 —¿El qué?
 —Buenas tardes.
 —Creo que eso ya lo he oído yo en algún sitio.

AMSCHEL PAZ

NO EXISTEN LOS CAMINOS

- Le he dado a usted una puñalada en el pecho. ¿Por qué no sangra?
 ¿Es que sus heridas sangran hacia dentro?
 —El grifo de mi pecho está cerrado; pero no se preocupe usted, que ahora mismo lo abro... Ya está.
 —La sangre no es de color rojo. Es usted poco tradicional.
 —Voy a pintarla inmediatamente de rojo.
 —Su cuerpo se ha transformado, al morir, en una escultura de piedra de tamaño natural.
 —¿Le gusta?
 —Las definiciones de la belleza se convierten en definiciones de la belleza, es decir, en chistes sin gracia, al contemplar semejante obra. ¿Sabe usted quién es el autor?
 —Los senos metálicos del puñal.
 —¡Oh! ¡Mi nariz es el morro del avión! Es una lástima que no sea real, ¿no cree usted?
 —La peor clase de realidad es la realidad. Yo prefiero, sin duda, otras clases de realidad.
 —En realidad tiene usted razón.
 —Usted se equivoca; es usted quien tiene razón cuando afirma que yo tengo razón.
 —En la Ciudad Absolutamente Nefasta, los ciudadanos duermen por el día y por la noche se mueren, convirtiéndose sus cuerpos en sábanas de carne. ¿Quién está equivocado: la zitudá o el zitudadadano?
 —Nadie conoce la verdad y pico. Por lo tanto, cuando acabe de contar hasta tres, usted me vomita a mí y yo le vomito a usted. ¿Está de acuerdo? ¿Está preparado?
 —Supongo que se tratará de vómitos agradables, ¿no?
 —Por supuesto. Mi vómito será usted mismo, y su vómito será yo mismo. Lo malo es que ahora recuerdo que yo no sé contar hasta uno, dos, tres, dos, uno y cero. ¿Sabe usted hacerlo?
 —No.